

## POR UN GALLO.

Modesto era el vecino más decente que tenía el pueblo. Llevaba muy arraigados en su alma—más o menos rústica— los conceptos de la dignidad, de la honradez y de la justicia. No abusaba nunca de su fuerza, cumplía sus compromisos, pagaba sus deudas y defendía al débil si se terciaba. Su patriotismo, su amor a su tierra, hubiera sido también irreprochable si al llevarlo a una exageración no hubiese caído en el defecto absurdo del nacionalismo. A fuerza de querer a Filipinas había perdido el sentido universal de la cristiandad, acetando sus fronteras y limitando su territorio a los espacios malayos, sin proyectar hacia el resto de la humanidad las mejores calidades de su ser, con un orgullo de raza que le impedía reconocer las virtudes de otros países. El mal mayor de esta actitud afectaba a su sentir religioso. Como la mayoría de los filipinos había nacido católico y en esa religión hubiese permanecido si no hubiese surgido en su patria una iglesia independiente filipina que su fundador, Gregorio Aglipay segregó de la de Roma. El cebo había sido, naturalmente, el nacionalismo: una iglesia exclusivamente para los filipinos, con clero del país exclusivamente también. Y a Modesto le pareció excelsa, pasándose a sus filas.

Al párroco católico del pueblo le dolía no poder contar con Modesto en su comunidad y que el hombre a quien hubiera podido poner de modelo entre los habitantes del lugar, perteneciese a otro credo. El Padre Juan se esforzaba por atraerle y siempre que se le encontraba en la calle o en otro lugar, le invitaba a que fuese a la Iglesia y volviese al seno de su primitiva religión.

—Gracias, no más<sup>(1)</sup>, padre, por su invitación, pero yo soy filipino y su iglesia es de los blancos.

Era inútil que le explicase el carácter universal de la Iglesia católica y que le asegurase que tenía miembros en los

cinco continentes del mundo. Inútil. Y el P. Juan tenía que seguir rezando por la vuelta del hijo pródigo.

Ademas de este gran fallo, Modesto tenía el vicio del juego de la pelea de gallos, no sabemos si porque le salía de muy dentro la afición o porque lo mimaba como vicio nacional. El caso es que se pasaba horas acariciando el plumaje de sus campeones y se gastaba lo que tenía en adquirirlos y en apostar por ellos en la gallera.

El día de la fiesta del pueblo-día de S. Pedro por ser este su patrón- Modesto lanzaba al ruedo lo mejor preparado de su corral. El último año había cuidado con especialidad un ejemplar blanco, magnifico de actitud, de cresta y de plumaje, de musculatura y de valor, que él consideraba invencible. Se había pasado el día de la festividad yendo de su casa a la gallera y de la gallera a su casa, pasando por delante de lo que él llamaba la iglesia Romana. El P. Juan se hallaba frente a la puerta una de las veces que lo hizo. Como Modesto era cetrés saludo:

-Buenos días, padre Juan.

-Buenos días, Modesto. ¿A donde vas con esa prisa?

-A la gallera, padre, esta tarde es la gran pelea de mi "Putí" (2)

-Uhú, te deseo un gran triunfo... y.... de tu alma ¿que? Hoy es la fiesta del pueblo; ¿Por que no pasas un rato a saludar a S. Pedro?

-Ya le saludé en la iglesia nuestra esta mañana, padre.

-No digas bobadas, hombre, aquella iglesia no es la verdadera, aquel S. Pedro, tampoco: entra a rezar a este veras como te concede lo que le pidas. Por ejemplo.... que gane tu gallo.

-Uy padre, -rió Modesto- mi gallo gana aunque no le ayude S. Pedro.

-Pues pídele una cosa que sea muy difícil, un imposible- subrayó el P. Juan.

-Bueno Padre, ya sabe que yo no quiero entrar en su iglesia. Adios, pues, que se hace tarde.

-Espera, hombre.

-No, no, no puedo, y ademas no quiero entrar, y sonriendo mientras se iba le desafió-? Por que no pide Vd. a S. Pedro que me haga entrar si todo lo pueden los santos Romanos?

El Padre Juan no le contestó porque Modesto se alejaba rápidamente y no le hubiera oido. Pero entró en la iglesia y pidió a S. Pedro que trajese a Modesto al redil.

-----

A las cuatro de la tarde la gallera era un hervidero humano. La pista ovalada, con piso de tierra y cercada con cañas bravas, esperaba a sus gladiadores. En torno había graderios rusticos con asientos de tablas y se hallaba techado todo el edificio con palma de nipa. A las cinco salia la procesión, pero les era muy difícil a los párrocos de las dos iglesias contrincantes el apartar a los hombres de la gallera. Ya era bastante con que fuesen sus mujeres y sus niños en la procesión.

La pelea principal, que era la última, iba a ser la del gallo "Putí" de Modesto contra otro gallo rojo que llevaba ya muchas victorias sobre su cresta. Las apuestas eran fabulosas, pero las de Putí casi doblaban las del adversario. Las campanas de la iglesia repicaban la salida de las procesiones y el repiqueteo se les antojaba a los apostadores un clarín que anunciaba el principio de la pelea.

Ya estaban ajustandose las navajas en las patas de los gallos. Pero Modesto siempre tan habil en ese menester, sentía un entorpecimiento en los dedos al hacerlo ahora.

-He bebido un poco de más-pensaba-es lo malo de las fiestas, que uno no se dá cuenta. Y eso que así no me gusta el vino.

Y apretaba el vendaje para fijar firmemente el arma en su gallo.

Llamaron a los peleadores y los fueron enfrentando mientras los

sujetaban para enardecerlos con embites reprimidos. En cada amago de embestida los retiraban hacia atras en el momento del choque. Al fin se dió la señal y las cabezas, haladas por el plumaje erizado del cuello, se colocaban al mismo nivel acercandose y haciendo sus tanteos mientras los ojos fulguraban en una guardia cerrada en torno al amago de la embestida. De pronto <sup>los gallos</sup> se elevaron en el aire atacando, con sus patas dobladas sobre el propio pecho buscando el cuerpo del adversario e intentando así clavar el espolon en el corazon enemigo. Pero como estaban armados con navajas estas eran las que habian de apuñalar en un duelo a muerte rápida. Ambos atacaban y ambos esquivaban el golpe con singular maestría mientras el público gritaba para enardecer a los combatientes..

-Hala Putí

-Hala Pulá

Así una y otra vez, Modesto palidecía viendo que su gallo, tan rápido en otras ocasiones en alcanzar la victoria retrasaba el clavar ahora su navaja. Quiso suspender la pelea para examinar su colocación y no se lo permitieron. Y en una de las embestidas Putí cayó al suelo, quiso levantarse, no pudo y se desplomó con la cabeza desmayada sobre la tierra del ruedo, la cresta descolorida, los ojos cerrados. Pulá lanzaba su "kikiriki" de victoria.

Cuando fueron a examinar ~~la herida del~~ <sup>al</sup> gallo Modesto vió que un trozo de intestino asomaba por la herida abierta del vientre. Y no quiso saber más. Tenia la seguridad de que estaba muerto. Se dió cuenta, sin embargo, de que no le importaba el dinero que perdía, y que era solo la vida de su gallo lo que le dolía con un dolor de desesperación.

-Recogedlo y llevadlo a casa. Pero que no lo guisen en la cena para el banquete.

Esto último lo dijo gritando imponiendo el mandato con autoridad.

Y salió de la gallera, no sabía a donde. Anduvo dando un traspié tras otro en su borrachera no de vino si no de pena. Luego se embriagó de veras porque en cada tenducho donde se vendía aguardiente, pedía un vaso y seguía su camino dejando consternados a los que nunca le habían visto borracho. Y así vaso tras vaso y paso tras paso, fué perdiendo la noción de los lugares y de las cosas. Anochecido ya se vió de pronto dentro de una nave silenciosa, con muchos bancos en fila al final de la cual habia una especie de mesa y en torno a ella luces mortecinas.

Se sentó y apoyó la cabeza sobre un borde de madera que habia frente al banco. No supo cuanto tiempo estuvo así. Cuando la levantó la sintió más despejada y alzando la vista se le presentó otra vez la mesa y detras de ella, en un nivel más alto habia un ser barbudo, vestido con una túnica de cuya mano pendía una llave grande. A sus pies tenia un gallo blanco.

-Pero si es mi Putí-pensó pero si es mi Putí. Y ese hombre ¿no es el S. Pedro del Padre Juan. Ah granuja, de manera que te has dejado matar como un cobarde para venir a sentarte junto al S. Pedro de los Romanos. Me has traicionado, canalla, me has traicionado.

De pronto se levantó y agitando los brazos energicamente retó al santo:

resucitas  
-A que no me lo devuelves, a que no puedes, S. Pedro de los Romanos, a que no puedes, a que no puedes.... a que no puedes....

Con este grito repetido salió del templo tambaleandose

-----

En casa de Modesto la gente estaba sentada a la mesa esperandole. La "tinola"<sup>(4)</sup> humeaba en las fuentes y en las soperas que contenian el caldo. La visión de aquellas fuentes con los cuerpos trinchados de las aves hizo montar en cólera al embriagado Modesto tan pronto entró en el comedor. Salió de el dando gritos de venganza por lo que ~~se~~ creyó ser el cuerpo de su Putí servido en el festin. Penetró en su

alcoba y se dejó caer <sup>sobre la cama hasta el siguiente día.</sup>  
~~--alcoba-y-se-de~~

Cuando el sol clavó sus estiletos de luz sobre sus pupilas aún cubiertas por los párpados, abrió los ojos y sintió la realidad de los hechos como una tiniebla que se le adentraba en el corazón.

-Mi Putí muerto, mi Putí muerto-musitó.

De pronto recordó la escena de la iglesia, de San Pedro, del gallo y le dolió el amor propio.

-Si al menos el P. Juan no se fuera a enterar de que había estado en su iglesia pensó.

Y siguió recordando, viniendole a la mente el reto que había lanzado a S. Pedro. "A que no me lo resucitas". Que tontería. Sonrió tristemente con incrédula sonrisa.

- No me lo devolverá, no puede devolvermelo, no puede.... no puede-murmuró.

Se incorporó al mismo tiempo que alguien entraba en la habitación.

Era el ayudante cuidador de sus gallos.

-Putí está mucho mejor-le espetó-yo creo que vivirá.

¿que dices?... pero ¿que dices? ¿O es que sigo borracho? Yo le ví,

desgraciado, con las tripas fuera y con los ojos cerrados sobre el suelo.

*Un gallo así no puede vivir.*

No bromees que no te consiento esta broma.

Y se levantó amenazante.

-Con las tripas fuera, sí, pero aún vivía. Y por si acaso le hice una cura vertiendo dentro <sup>del vientre</sup> el jugo de una planta medicinal cicatrizante. Luego le cosí levemente la herida, y hoy me ha sorprendido verle tan animado.

Modesto se sentía anonadado. Luego reaccionó con indignación.

-Y ¿por qué no se levantó el muy cobarde?

-La falta de costumbre de sentirse herido. Como siempre había ganado.

Ademas, estaba moribundo; pero tal como le veo pienso que dentro de un mes podrá volver a pelear. ¡Parece un milagro!

Modesto seguía sin saber que pensar. "Parece un milagro" había o'

decir a su ayudante. Y volvió a recordar la escena de su borrachera dentro de la Iglesia frente a S. Pedro y comenzó a dudar. "Y si resultase que los santos Romanos podían hacer milagros. Había que creer en ellos. Y volver a la Iglesia del Padre Juan." Temblaba de emoción y de esperanza y no pudo menos de abrazar a su ayudante.

-Si vive al fin, no quiero que vuelva a pelear, ¿sabes? Se puede morir de veras y yo le quiero, le quiero y no puedo exponerle a que le maten.

-Seguro estas borracho todavía-contestó compasivo el ayudante-Te has olvidado de que es imposible que le maten: me si no hubiese tenido la navaja mal puesta hubiese despachado rápidamente al Putá.

Modesto no quiso reconocerse culpable y pensó si no había sido también cosa de S. Pedro, su extraña inhabilidad en este caso. Esto y todo lo demás le tenían obsesionado con la resurrección de su gallo. Al fin decidió.

-No, no estoy borracho y te sigo diciendo que no quiero que vuelva a pelear Putá. Y además oyeme sin asombrarte: vete a casa del Padre Juan y dile que irá a su iglesia a rezar a S. Pedro; a su iglesia Romana y a su S. Pedro Romano.

-Sus, Maria, Usep<sup>(5)</sup>-se santiguó consternado el ayudante-no cabe duda, Modesto está todavía borracho. Como es la primera vez no se le pasa.

Ignoraba que a Modesto se le había pasado definitivamente la mayor alucinación de su vida.

*Adeluis Euvree*

1) Lirio que se usa en Filipinas.

2) Blanco (en dialecto visaya.)

3) Rojo " " "

4) Gallina o pollo cocido que se sirve con el caldo en sopera aparte.

5) Jesús, María y José.